

EDITORIAL TABER

Madrid
J. Mallas Casas

74 Págs. 25 Ilustr. color

Dentro de la colección «Conozcamos España» un libro que inicia a la lectura al público juvenil. Con unas sugestivas ilustraciones de Rafael Cortiella.



El extraordinario Pepe

Cabú

Prólogo de Oriol Vergés. Trad. Nuria Clara.

Un nuevo amigo para los jóvenes, Pepe, larguirucho, despistado y muy de nuestro tiempo. Un «comic» antológico para adolescentes que los mayores envidian.



Editorial Taber/Epos S.A.

Enrique Granados, 85

Barcelona

Distribuidora Barará Visor Libros
Marqués de Barará, 4 Isaac Peral, 18
Barcelona Madrid

Los movimientos migratorios continentales

Por PABLO BERBEN



El último censo de trabajadores españoles en Alemania arroja la cifra total de 143.000, según el corresponsal de «Nuevo Diario» en Bonn; un aumento de 12.000 en los últimos meses, si bien aún hay unos 35.000 menos que hace tres años, después de la salida de casi 70.000 como consecuencia de la recesión económica del Gobierno Erhard. El contingente inmigratorio español ha quedado en un quinto lugar, precedido del italiano, el yugoslavo, el turco y el griego, cuando en 1964 ocupaba el segundo lugar, con un 15 por 100 de la totalidad de los trabajadores extranjeros. La enumeración de las nacionalidades de los emigrantes podría indicar claramente un movimiento del Sur de Europa hacia el Norte, respondiendo así a la idea tradicional de un Norte industrial y rico y de un Sur agrario con dificultades de empleo o de absorción de la mano de obra excedente de una agricultura que se mecaniza o de la huida de unas condiciones de vida inferiores. Sin embargo, un estudio más completo de las migraciones nos muestra que el movimiento se dirige desde la periferia hacia el centro del continente. Por ejemplo, Finlandia envía trabajadores a Suecia, Irlanda a Gran Bretaña, Austria —tomando como periferia, en este caso, la frontera del Este y la del Oeste— los envía a Suiza y a Alemania Federal. Podría imaginarse que a lo largo de los siglos o más bien a lo largo de los años transcurridos desde lo que se llamó la revolución industrial ha podido haber como un movimiento centripeto en la economía continental que ha concentrado la mayor parte de la industria en un centro

geográfico amplio en detrimento de los periféricos, o como si éstos se hubiesen «desgastado» por la circunstancia geohistórica de ser las fronteras del continente.

La formación de comunidades

El número total de europeos que trabajan fuera de sus países de origen se aproxima a los ocho millones. No siempre la emigración corresponde al mayor o menor grado de riqueza del país que exporta mano de obra. Italia, por ejemplo, es el país que más obreros exporta, a pesar de que su nivel industrial es muy superior al de países como Grecia o Turquía (en Italia, el sector primario ocupa menos del 30 por 100 de la población activa, mientras que en Grecia, Turquía o Yugoslavia alcanza hasta el 70 por 100). La emigración italiana es tradicional y antigua y, además de las razones puramente económicas de busca de mejor salario, existe una especie de acumulación histórica en esta emigración: los italianos ya establecidos en el extranjero desde hace años van llamando a sus familiares y amigos, creándoles puestos de trabajo y facilitando las condiciones de llegada para amortiguar el tremendo «shock» de la llegada repentina al país de lengua, costumbres y clima opuestos a los suyos. La mutua protección del italiano es también muy conocida: en el aspecto negativo ha producido la Mafia o la Cosa Nostra, en los Estados Unidos, mientras que, por ejemplo, la emi-

gración irlandesa a Nueva York se concentraba en el punto opuesto, en la policía. Es curiosa esta agrupación de inmigrantes en grupos profesionales o pseudoprofesionales, en sectores de trabajo. En Madrid existe el pequeño ejemplo de los serenos, llegados principal y habitualmente de un puñado de pueblos asturianos. Se puede imaginar que en el principio de cada una de estas concentraciones hubo una sola persona que fue atrayendo a sus compatriotas o paisanos hasta, en algunos casos, monopolizar el gremio.

El peso de la tradición

La tradición es un factor importante en la emigración, teniendo siempre en cuenta que su origen y su actualidad son siempre una necesidad económica. No se trata solamente de la acumulación histórica de focos de inmigrantes en el extranjero como puntos de atracción, sino del establecimiento de una «costumbre». En la Italia del Sur y en la España del Noroeste la figura del emigrante, regresado o no, es habitual, como lo son las despedidas a los trenes y los barcos de emigrantes. La idea de partir a «buscar fortuna» no es ajena, nueva, sorprendente. Se puede pensar desde la infancia en la emigración como se piensa en oficios o carreras, en vocaciones. España está emigrando a América desde el descubrimiento. La orientación geográfica ha cambiado ahora hacia el continente europeo, de la misma forma que la emigración portuguesa ha abandonado

DE LA EUROPA EXTERIOR A LA EUROPA INTERIOR

prácticamente su polo tradicional, Brasil, para dirigirse casi exclusivamente hacia Francia. Este cambio de orientación se produjo primero por el cierre del Brasil a la mano de obra no cualificada y luego por los acuerdos de trabajo entre Francia y Portugal.

Alemania, en cabeza

Los países de emigrantes nuevos, no tradicionales, son principalmente Grecia y Turquía, y se atribuye, principalmente en este último país, al enorme crecimiento demográfico. Más recientemente se han incorporado las emigraciones de los países del Norte de África, especialmente Marruecos y

Argelia. Para los ciudadanos de estos países islámicos la inmigración es particularmente penosa por problemas de analfabetismo, idioma y religión. El islamismo es, más que una religión, un modo de vida limitado y cerrado que abarca desde las comidas y las bebidas a las abluciones, las vestimentas, las horas de rezo, la poligamia. El trasplante de estos ciudadanos a países donde no solamente es difícil sostener esas costumbres imperativas por la religión, sino que son consideradas como bárbaras y semisalvajes, crea graves problemas psicológicos.

El primer país europeo en la absorción cuantitativa de mano de obra es Alemania Federal, con más de millón y medio de obreros extranjeros. Pero

en proporción a su tamaño y a su población activa, la cifra de recepción máxima la tiene Suiza, donde la mano de obra extranjera representa algo más de un 31 por 100 de su población activa, seguida de Luxemburgo (21,7), Bélgica (9,9) y Francia (6,2). En Alemania Federal el número de obreros extranjeros con relación a la población activa es de aproximadamente de un 5 por 100, lo mismo que en Suecia (nutrida principalmente, como queda dicho, por la mano de obra finlandesa). En Gran Bretaña el movimiento de inmigración continental es reducido, y se nutre principalmente de irlandeses. Hay, sin embargo, cerca de tres millones de trabajadores extranjeros: proceden principalmente de antiguas colonias, de territorios de la Commonwealth, de ciudadanos con «estatuto imperial», y se han producido ya contra ellos movimientos racistas que están causando una inquietud muy viva.

Las consecuencias

Para los países exportadores de mano de obra la emigración supone un alivio considerable en las tensiones sociales producidas por el paro forzoso, un ingreso importante de divisas: los trabajadores envían sus ahorros al país de origen, así como practican la ayuda familiar; según «Nuevo Diario», los obreros españoles en Alemania, a pesar de ocupar el quinto lugar por contingentes nacionales, ocupan el primero en la repatriación de divisas, con un total de trescientos millones de marcos en el año pasado, o sea, unos cinco mil mi-

llones de pesetas. Al mismo tiempo producen la formación gratuita de técnicos o de obreros especializados, que más tarde regresarán al país y aportarán los frutos de su aprendizaje. Hay países, sin embargo, que temen el regreso de los emigrantes, como son los países árabes, por una inversión de las razones religiosas antes citadas. Temen que sus obreros pierdan en el extranjero las bases que forman el modo de vida del país y que, al regresar, supongan «focos de disolución», que atenten contra la llamada pureza de costumbres que forma las bases de esas sociedades. Otros países en situación política anormal, como Grecia, temen que sus colonias en el extranjero sirvan de centros políticos de oposición al régimen, y las mantienen estrechamente vigiladas. Otro temor es el de los cambios económicos coyunturales. El temor es compartido por los países de inmigración y por los de emigración. Los países que emplean mano de obra extranjera temen siempre que ésta llegue a convertirse en básica para su economía —ya lo es en los principales— y que un movimiento de regreso les cree escasez de obreros. Ya está sucediendo con españoles y con italianos; por eso los agentes reclutadores se dirigen cada vez más hacia países del tercer mundo, donde las condiciones económicas son peores. En los países exportadores el temor está en que una recesión económica de los países importadores haga regresar de golpe a miles o cientos de miles de obreros, acostumbrados a salarios altos, a los que habría que colocar rápidamente para evitar una situación aguda de paro. ■ P. B.

